

un esfuerzo para salvar á Charleroy, sin embargo de que sus fuerzas sumaban no más que la mitad de las enemigas. A las tres de la mañana se rompió la lucha, bajo densa niebla, que impedía ver nada. Aunque á ciegas, por una y otra parte se luchó desesperadamente. A las ocho, Jourdan creía ganada la jornada. Pero entonces Orange, reuniendo por última vez todas sus fuerzas, se lanza con nuevo ardor á la pelea. La división Lefevre es derribada al primer choque; Marceau tiene que batirse en retirada, y la aldea de Lambusart, en la que se apoyaba la derecha de los franceses sobre el Sambre, cae en poder de los aliados. A las cinco de la tarde, todas las divisiones del ejército francés, excepto la mandada por el general Kleber, habían repasado el Sambre, y Charleroy estaba salvada.

Esta victoria, gloriosísima para el príncipe de Orange, causó poco quebranto á los franceses, que sólo tuvieron, entre muertos y prisioneros unas tres mil bajas. Jourdan se aplicó inmediatamente á restablecer el orden, y espoleado por Saint Just, que acababa de volver de Paris, decidió renovar el ataque sin más tregua. Era esta la séptima vez que los republicanos pasaban el Sambre. Orange pidió refuerzos á Coburgo, y mientras venían, se abstuvo de molestar á Jourdan, que sitió de nuevo á Charleroy y colocó el ejército en las mismas posiciones de antes, desde Trasegnies y Hosselies hasta Fleurus y Lambusart. El veinticinco de Junio, las avanzadas de Kleber comenzaron á ser hostilizadas, lo que anunciaba la llegada de los refuerzos de Coburgo y que no tardaría en empeñarse una gran batalla para libertar á Charleroy. Pero este mismo día por la mañana, el comandante de la plaza envió un oficial á tratar de la rendición: suceso importantísimo, del que podía depender la suerte del ejército francés, Saint Just, sin embargo, con su usual brutalidad, declaró que no prestaría oídos á ninguna proposición, y amenazó degollarlo todo si al anochecer no se le abrían las puertas y se entregaba la plaza á discreción. Gracias que el comandante, que no debía ser ningún valiente, rindió las armas como Saint Just le exigía. Con la toma de Charleroy, aseguraban los franceses su posición en el Sambre y podían disponer de todas sus fuerzas para la batalla que se iba á dar. Ascendían éstas á sesenta y seis mil hombres.

Con poco más de los dos tercios de este efectivo contaban los aliados, aun después de la llegada de Coburgo, y sus tropas, diezmadas de los mejores soldados, en tantos y tan mortíferos combates, y desalentados los que sobrevivían por la voz de una próxima retirada, habían desmerecido mucho de lo que fueran al abrirse la campaña, sin embargo, ni uno solo había que no estuviese dispuesto á correr con ardor al combate, y la dispersión de las fuerzas enemigas hacía posible aun la victoria, con tal que los aliados concentrasen sus fuerzas sobre un punto bien elegido. Pero Coburgo, que ignoraba la pérdida de Charleroy, no pensaba en usar de otra táctica que la empleada por el príncipe de Orange diez días antes; y así, separó once mil hombres, divididos en dos columnas, para ocupar el centro del enemigo; envió con diez mil á los príncipes de Orange y de Waldeck contra el ala

izquierda, que mandaba el general Kleber, y con fuerza igual marcharon el general Beaulieu y el archiduque Carlos contra el ala derecha, acantonada á dos leguas hacia Fleurus y Lambusart, á las órdenes de los generales Marceau y Mayer.

Antes de apuntar el día, á la una de la mañana, el príncipe de Orange rompe el fuego lanzándose contra la vanguardia de Kleber, colocada en Wespe, sobre el Sambre, y tras breve combate, los franceses se desbandan buscando su salvación al otro lado del río: á las cuatro, Waldeck arremete contra Kleber, y tras vivo pero breve cañoneo, Trasegnies es tomada á la bayoneta y rechazado el enemigo fuera del monte Monceaux; por último, á las nueve, la aldea de Marchiennes, sobre el Sambre, á un kilómetro escaso de Charleroy, cae por asalto en poder de los aliados. Entonces Kleber corre adonde estaba el general Morlot, que mandaba en el centro la división más próxima, y tomándole algunos batallones, se revuelve impetuosamente contra Waldeck, al tiempo que Jourdan destacaba contra el flanco de los austriacos la caballería de reserva mandada por el general Dubois, y que una batería de obuses enviaba una lluvia de balas sobre el monte Monceaux, por las cuales medidas, los aliados no pudieron desde este instante adelantar un paso más, limitándose á defender el terreno conquistado. Suerte semejante corrían el general Beaulieu y el archiduque Carlos en el opuesto extremo de la línea de batalla. Beaulieu se apostó, á pesar del fuego tenaz que le hacían los franceses, en los bosques que guarnecen el Sambre; no avanzó sino poco á poco y á costa de grandes pérdidas, y solamente á las once de la mañana logró echarlos por completo fuera de los sotos. Entonces, el general Marceau reúne su división delante de la aldea de Lambusart, y trata de detener á los austriacos con el fuego mortífero de veinte cañones; pero los austriacos, aun viendo caer filas enteras, siguen avanzando llenos de ardor, acometen los franceses á la bayoneta y los dispersan. En vano Marceau, para reanimar á sus soldados, se arroja en medio de la pelea, cayendo muerto su caballo y viéndose él en inminente peligro de ser hecho prisionero; el grueso de su división, perseguida á la carrera por los coraceros austriacos, sigue huyendo y repasa el Sambre. Menos afortunado el Archiduque, no había logrado á esta hora rechazar de Fleurus á los franceses, por lo que Beaulieu hubo de pararse, dándose tiempo á Jourdan para separar del centro al general Lefevre con varios batallones y enviarle hacia Lambusart para sostener el ala derecha; pero instantes después, el Archiduque, dueño en fin de Fleurus, se reúne con Beaulieu, y juntos los dos, se disponen, bajo el nutrido fuego de los cañones enemigos, á tomar la aldea de Lambusart. Tres veces sus columnas penetran en la población, y tres veces son rechazadas. Entonces Lefevre abandona la aldea incendiada en manos de los vencedores y se retira un poco atrás, á una colina fortificada, á donde en breve se le incorpora el general Hatry que ofrece en perspectiva un nuevo combate á los austriacos fatigados.

Eran las tres de la tarde. Doce horas duraba aquella sangrienta é incierta lucha, y la

jornada podía considerarse perdida para los aliados, por el solo hecho de no haberla ganado ya. Aun cuando, por un rasgo heroico de bravura, sus tropas debilitadas alcanzasen una nueva victoria en Lambusart ó en Marchiennes, sus pérdidas habían de ser considerables, y hasta era de temer su destrucción completa si la suerte, tan temerariamente tentada, cesase un punto de favorecerles. Evidentemente, Coburgo no debía arriesgarse hasta este extremo, dado que combatía, como hemos visto, no para conservar el país sino para dejarle lo menos desventajosamente posible. En esta situación, supose por el lugarteniente Radetzky, que con seis caballeros había pasado el Sambre á nado y se había deslizado por entre el ejército enemigo hasta las murallas de Charleroy, que esta ciudad había caído en poder de los franceses hacía veinticuatro horas. Coburgo no vaciló más; al punto ordenó la retirada, que se efectuó con el mayor orden, sin que los franceses pensasen en molestarles por lo maltratados que á su vez se hallaban. Tal fué la batalla conocida con el nombre de Fleurus, en la que el ejército de la República alcanzó lo que tanto tiempo perseguía, asegurarse una posición al Norte del Sambre, y si los soldados no cosecharon en ella nuevos laureles, su general obtuvo todo el resultado que se había propuesto.

Las consecuencias de esta batalla en el desenlace de esta guerra dependían de las medidas que adoptase el príncipe de Coburgo, cuyo ejército, lejos de estar abatido, conservaba el sentimiento de su honor y la confianza en sus fuerzas. Como de costumbre, casi pudiéramos decir, Coburgo no estuvo acertado. Se aplicó á mal custodiar todos los caminos, pronto á ceder al menor ataque de importancia, y al efecto, dividió el ejército en tres cuerpos, de doce á quince mil hombres cada uno, que diseminó en un espacio de más de seis leguas, desde Gembloux, al Este, hasta Roelux, no lejos de Mons, al Oeste, frente á un enemigo que en veinticuatro horas podía reunir una masa de más de cien mil hombres; y si se agrega que precisamente entonces el duque de York dispersaba también sus tropas en destacamentos más débiles aún que los de Coburgo, desde Tournai hasta Helvoetsluis, es evidente que la suerte de los aliados quedaba á merced de los franceses. Pocos de aquéllos habrían podido escapar de seguro, si el veintisiete de Junio Jourdan, á la cabeza de noventa mil hombres, les hubiese cerrado la retirada entre Namur y Lieja, y si al mismo tiempo Pichegru, pasando el Escalda por cerca de Oudenarde con fuerza análoga, hubiese separado al duque de York de Clerfait y continuado sin obstáculo su marcha hasta Bruselas por detrás de Coburgo. Pero los franceses pusieron en rechazar la victoria el mismo empeño que los aliados en ponérsela delante. El Comité de Salvación pública persistía en la obcecación de combatir á las potencias marítimas, y á este fin dirigía el ejército principal al Oeste, hacia Flandes y las costas. De nada importaba que el giro tomado en Bélgica por los sucesos requiriese que los dos ejércitos franceses marchasen hacia el Este, por donde se ofrecían al alcance de la mano los más grandes laureles; Francia perseveraba en su política de contemplación con el Austria y de intimidación con Inglaterra,

y en esta política informó el Comité todos sus acuerdos. Así, Carnot comunicó imperiosamente á Pichegru que era tiempo de romper, por la toma de Ostende, los últimos hilos que aún enlazaban el Austria á Inglaterra, y que, al efecto, debía ocupar toda la Flandes occidental y asegurarse un punto desde donde ir á visitar á los ingleses en su propio país, «porque, añadía Carnot, el gobierno no ha abandonado sus proyectos de bajada.» Inmediatamente suspendió Pichegru el ataque que había comenzado contra Ordenarde, y reunió lo principal de sus fuerzas en Brujas, de la que se había apoderado Moreau el veintiséis de Junio. De índole análoga fueron las instrucciones que recibió Jourdan el veintinueve, á saber: que enviase un cuerpo á la derecha, contra Namur; otro, á la izquierda, contra Mons, y que siguiese con la masa principal el centro de los aliados en su marcha á Bruselas. Como fin y remate de estos errores, el Comité de Salvación pública decidió el cuatro de Julio que los dos ejércitos destinasen varias de sus divisiones á sitiar las cuatro fortalezas francesas que continuaban en poder del enemigo: Landrecies, Quesnoy, Valenciennes y Conde, absteniéndose de toda operación ofensiva hasta la reconquista de estas plazas.

Ni uno solo de los críticos competentes que han emitido juicio acerca de estas disposiciones, sin exceptuar á los franceses, llámense éstos Serxan ó Jomini, Jourdan ó Sault, ha dejado de censurarlas duramente. Y en efecto, no hay sino representarse la nueva distribución de las tropas francesas: Pichegru, con sus cien mil hombres, perdiendo el tiempo en inútiles marchas por las costas del mar, Jourdan, con su ejército dividido en tres destacamentos de treinta mil hombres cada uno. En esta situación, ¿qué impedía á los aliados reunir entre estos cuerpos una masa de sesenta mil hombres, arrollar el centro de Jourdan en rápido ataque, y rechazar por séptima vez más allá del Sambre las dos alas del ejército francés? É indudablemente, este retroceso efectuado sobre el Sambre, habría recobrado poderosamente en los proyectos de ataque de Pichegru y teniendo á los franceses en toda la frontera. Así se comprendió en el cuartel general de los aliados. Un gran Consejo de guerra, presidido por Coburgo, acordó el primero de Julio que se intentaría un postrero y supremo esfuerzo para defender á Bélgica, enviándose un poderoso cuerpo á atacar el ala izquierda de Jourdan y proteger á Mons. Pero como aquel mismo día Ferrand echara al príncipe de Orange fuera de los muros de esta ciudad, un nuevo Consejo decidió, el cinco, que era de todo punto imposible resistir por más tiempo y que, por tanto, se evacuaría á Bruselas el siete. La noticia de esta resolución llenó de pánico á todos los habitantes, así de la capital como de las demás ciudades. No habían olvidado los belgas la conducta que observaran los franceses el año anterior, á lo que se juntaba ahora la dominación de Robespierre, cuya idea les ponía los pelos de punta. Los que pudieron, todos los nobles, muchos sacerdotes, fabricantes y mercaderes, emigraron: los demás pusieron en seguridad sus bienes. En doscientos mil se calcula el número de los fugitivos

CAPITULO ALFONSO
 HISTORIA DE EUROPA
 T. V. P. 1.º